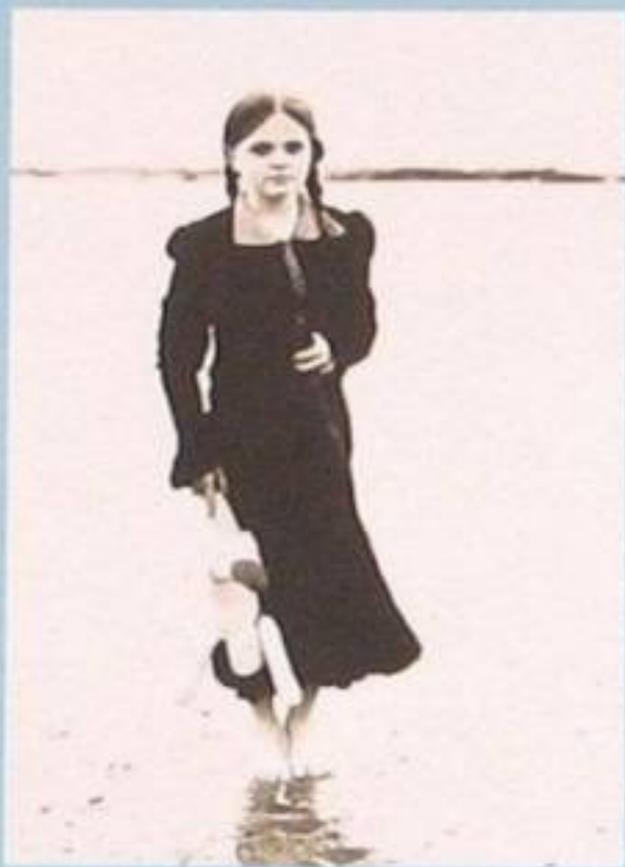


LA HISTORIA DE
LUCY GAULT
WILLIAM
TREVOR



narrativa
salamandra

WILLIAM TREVOR
LA HISTORIA DE LUCY GAULT

Para Jane

Índice

[RESUMEN 5](#)

[PRIMERA PARTE 6](#)

[SEGUNDA PARTE 65](#)

[TERCERA PARTE 105](#)

[CUARTA PARTE 123](#)

[QUINTA PARTE 172](#)

[SEXTA PARTE 185](#)

[Índice](#)

RESUMEN

Novela finalista del Premio Booker en 2002, *La Historia de Lucy Gault* es la última obra publicada por William Trevor, considerado uno de los mejores narradores irlandeses vivos. Fascinado por el influjo que la Historia ejerce en el destino de los individuos, Trevor ha dado voz a las víctimas y los marginados, procurando reflejar los mundos alternativos en que estas personas se recluyen para protegerse de una realidad que se niega a satisfacer sus deseos más íntimos. Ese universo de aislamiento personal, en el contexto de una comunidad que se desintegra, es el distintivo de un autor al que se ha comparado nada menos que con su compatriota James Joyce.

En el condado de Cork, en la costa sureste de Irlanda, el capitán Gault, su esposa Heloise y su hija Lucy, de ocho años, sufren el rechazo de sus vecinos por su supuesta simpatía con el enemigo inglés. Ante la creciente animadversión local, los Gault deciden marcharse a Inglaterra, pero poco antes de su partida la pequeña Lucy desaparece, y los únicos rastros hallados parecen indicar que la niña se ha ahogado. Abrumados por el dolor, los Gault inician un largo peregrinaje por

media Europa con el firme propósito de cortar los lazos con la tierra donde se fraguó su desgracia, ignorantes de que están dando pie a una tragedia humana aún mayor, que convertirá a Lucy en una leyenda entre los habitantes de la zona.

PRIMERA PARTE

[Índice](#)

1

El capitán Everard Gault hirió al muchacho en el hombro derecho la noche del 21 de junio de 1921. A oscuras, apuntando por encima de las cabezas de los intrusos, disparó un único tiro desde una ventana del piso superior y vio que tres figuras se escabullían rápidamente: el herido, ayudado por sus compañeros.

Habían ido a prenderle fuego a la casa, pero su visita era esperada, pues ya habían estado allí antes. En aquella ocasión habían acudido más tarde, poco después de la una de la madrugada, y los perros pastores los habían ahuyentado; sin embargo, antes de que transcurriera una semana, los animales yacían envenenados en el patio y el capitán Gault supo que los intrusos regresarían. «En el cuartel no damos para más, señor —le había dicho el sargento Talty cuando acudió desde Enniseala—. Le aseguro que no damos para más, capitán.»

Lahardane no era la única casa amenazada. Todas las semanas ardía una en alguna parte, no importaba el despliegue policial que se hubiera dispuesto. «Quiera Dios que esto acabe algún día», concluyó el sargento Talty, y se marchó. Se había impuesto la ley marcial, pues el país se hallaba sumido en un estado de agitación equivalente a la guerra. No se tomó medida alguna con respecto al envenenamiento de los perros.

La mañana siguiente de la noche del disparo hallaron sangre en los guijarros de la explanada que se extendía delante de la casa y dos latas de gasolina detrás de un árbol. Rastrillaron el lugar y retiraron dos baldes llenos de piedras manchadas.

El capitán Gault pensó que a partir de ese momento todo iría bien, que los intrusos habrían aprendido la lección. Escribió al padre Morrissey, de Enniseala, pidiéndole que transmitiera sus condolencias y su pesar al herido si se enteraba de quién era. No había pretendido herir a nadie, tan sólo que supieran que la casa estaba vigilada. El padre Morrissey le contestó por escrito. «Ese muchacho siempre fue el más alocado de su familia», concluía en sus comentarios sobre el suceso. Sin embargo, había cierta torpeza en aquella carta, en la elección de las frases y las palabras, como si le costara escribir sobre lo ocurrido, como si no comprendiera que él no había pretendido matar ni herir a nadie. Había transmitido el mensaje a la familia, decía, pero no había recibido respuesta.

El propio capitán Gault había sido herido en una ocasión. Desde hacía seis años, cuando regresó inválido de las trincheras, llevaba en el cuerpo fragmentos de metralla que permanecerían allí para siempre. Aquellas heridas habían significado el fin de su carrera militar: seguiría siendo capitán toda su vida, lo cual suponía una profunda decepción para él, pues siempre se había imaginado alcanzando una graduación mucho más alta. Sin embargo, no era un hombre frustrado. Contaba con el gran solaz de su feliz matrimonio, de la hija que su esposa, Heloise, le había dado, y de su casa. En ningún otro lugar podría haber vivido más feliz que bajo el techo de pizarra de sus tres plantas de color gris, con la piedra suavizada por la carpintería blanca de las ventanas y el delicado montante en forma de abanico que coronaba la puerta principal. A la derecha de la casa, una gran arcada daba paso a un patio adoquinado del que salían unos senderos también de adoquines que llevaban a un huerto de manzanos y a un jardín. La mitad del círculo al que daban las habitaciones delanteras era de gravilla; la otra mitad era una extensión elevada de césped, separada de los bosques que ascendían abruptamente por una hilera

curva de hortensias azules. Las habitaciones superiores de la parte trasera daban al mar, que se extendía hasta el horizonte.

Los orígenes de los Gault en Irlanda se remontaban a siglos atrás. Procedentes de Norfolk —o eso creían en la familia, sin demasiada certeza— se habían establecido en los confines occidentales del condado de Cork. Un mercenario había instaurado allí su modesta dinastía, tratando de pasar inadvertido por razones desconocidas. En algún momento a principios del siglo XVIII la familia se trasladó al este, ya respetable y acaudalada para entonces, y en todas las generaciones algún hijo continuó la tradición militar de la familia. Adquirieron tierras en Lahardane e iniciaron la construcción de la casa. Abrieron la larga y recta avenida de entrada, plantaron sendas hileras de castaños a ambos lados y desbrozaron los bosques de la cañada. Generaciones posteriores plantaron el huerto con cepas del condado de Armagh, y el jardín, que siempre había sido pequeño, fue creciendo poco a poco. En 1796, lord Townshend, un vicegobernador inglés, se hospedó en Lahardane; en 1809 lo hizo Daniel O'Connell porque no quedaba un solo dormitorio libre en la Dromana House de los Stuart. De ese modo la Historia rozó el lugar; pero en igual medida recordarían y mencionarían con frecuencia nacimientos, matrimonios y fallecimientos, incidentes domésticos, cambios y mejoras en tal o cual habitación, episodios de ira o reconciliación. En 1847, tras sufrir un ataque de apoplejía, un Gault convaleció allí durante tres años, aunque consciente. En 1872, en seis desastrosos meses de partidas de cartas, perdieron un campo tras otro en favor de los O'Reilly. Del brote de difteria que tan rápida y trágicamente se propagó en 1901, de una familia de cinco miembros sólo se libraron Everard Gault y su hermano. Sobre el escritorio del salón colgaba un retrato de un antepasado cuya identidad había sido un misterio tan lejos como alcanzaba la memoria de los Gault:

un semblante sobrio y solemne allí donde no quedaba oculto por el bigote, y desvaídos ojos azules. Era el único retrato en toda la casa, aunque desde que existían las fotografías había álbumes que incluían imágenes de parientes y amigos, así como las de los Gault de Lahardane.

Todo aquello —la casa y lo que había quedado de las tierras de pastoreo, la orilla del mar bajo los acantilados de pálida arcilla, el sendero que discurría a lo largo de la costa hasta la aldea de pescadores de Kilauran, la larga avenida en la que ahora las ramas altas de los castaños se tocaban — formaba parte de Everard Gault tanto como las facciones de su rostro, los rasgos familiares que se parecían a los del retrato del salón, el lacio cabello oscuro. Alto y de espalda recta, aquel hombre que no ocultaba nada de sí mismo y tenía ya pocas ambiciones había aceptado hacía mucho que su destino era mantener en buen estado la que había sido su herencia, atraer abejas a sus colmenas, arrancar los manzanos que no habían enraizado y sustituirlos por otros. Él mismo deshollinaba las chimeneas de su casa, preparaba la argamasa y reemplazaba los cristales de las ventanas. Reptando por el tejado reparaba las pequeñas goteras que aparecían de cuando en cuando con una cola que introducía a presión en el emplomado y que era eficaz durante un tiempo.

En muchas de esas tareas lo ayudaba Henry, un hombre fornido y lento de movimientos que a la luz del día rara vez se quitaba el sombrero de la cabeza. Años atrás Henry se había casado e instalado en la casita del guarda, de la que él y Bridget eran los únicos ocupantes, puesto que no habían tenido hijos y los padres de Bridget ya no vivían. Su suegro, con dos hombres a sus órdenes, había cuidado de los caballos y se había encargado de todo lo que ahora se ocupaba Henry en el patio y en los campos. Su suegra había trabajado en la casa, y la madre de su suegra antes que

ella. Bridget era tan fornida como su marido, de hombros anchos y fuertes, y muy capaz: la cocina estaba enteramente a su cargo. La criada, Kitty Teresa, asistía a Heloise Gault en las tareas que antaño realizaban varios sirvientes; la vieja Hannah, por su parte, acudía andando desde Kilauran una vez por semana para lavar la ropa, las sábanas y los manteles, y para fregar las baldosas del vestíbulo y los suelos de piedra de la parte de atrás. El antiguo estilo de vida ya no era posible en Lahardane. La larga avenida discurría a través de las tierras que habían pasado a manos de los O'Reilly en la mesa de juego, momento en que a los Gault les quedaron tan sólo los pastos suficientes para mantener un modesto rebaño de vacas frisonas.

Tres días después del disparo, Heloise Gault leyó la carta del padre Morrissey, dio la vuelta al papel y volvió a leerla. Era una mujer esbelta y de complexión menuda, de cerca de cuarenta años, que peinaba su largo cabello rubio para complementar sus facciones, a las que éste confería una belleza recatada con un punto de severidad que su sonrisa contradecía constantemente. Sin embargo, esa sonrisa no se había dejado ver mucho desde la noche en que un disparo la había despertado.

Aunque no era una mujer pusilánime, Heloise Gault estaba asustada. También ella procedía de una familia de militares y había encajado con calma, unos años antes de su matrimonio, el hecho de quedarse prácticamente sola en el mundo al morir su madre, que había enviudado durante la guerra de los bóers. El coraje era algo natural en ella en los momentos difíciles, pero no estaba ahí como ella imaginaba cuando comprendió que habían intentado quemar hasta los cimientos la casa en que dormían ella, su hija y su criada, sin olvidar el envenenamiento de los perros, la carta sin respuesta a la familia del muchacho y la sangre en los guijarros.

—Tengo miedo, Everard —confesó al fin, incapaz ya de guardar para sí sus sentimientos.

Se conocían bien el uno al otro. Tenían en común cierto estilo de vida y un orden de prioridades vitales. Ambos habían conocido de jóvenes la experiencia de la muerte, lo cual los había unido, y en su matrimonio se había vuelto muy valiosa la sensación de familia que les ofrecía el nacimiento de una hija. Heloise siempre había imaginado que daría a luz a varios hijos y todavía albergaba la esperanza de tener otro al menos. Mientras tanto, su esposo le aseguraba que la falta de un varón que heredara Lahardane no suponía ningún fracaso por su parte, y Heloise no sentía sino gratitud —mayor a medida que crecía su única hija— por aquel solitario nacimiento y por aquella trinidad sustentada en el afecto.

—No es propio de ti tener miedo, Heloise.

—Todo esto ha ocurrido por mí, porque soy inglesa.

Heloise insistía en que era ella quien motivaba aquel hostigamiento, pero su marido no lo creía. Le recordó que lo que habían intentado en Lahardane formaba parte de unos hechos que se repetían por toda Irlanda. La naturaleza de la casa, la posesión de tierras, aunque hubiesen menguado, y la conexión familiar con el ejército habrían bastado para acarrearles esos trastornos nocturnos. Y debía admitir que no podía decirse que la postura que él había adoptado hubiese ayudado a sofocar aquellos impulsos destructivos, fuera cual fuera su origen. Durante un tiempo, Everard Gault durmió por las tardes y permaneció alerta por las noches; y aunque nadie perturbó su vigilia, esa preocupación y la aprensión de su esposa crearon en Lahardane un desasosiego más profundo aún, un nerviosismo

que afectaba a todos y que acabó por incluir a la pequeña de la casa.

A punto de cumplir nueve años, Lucy había trabado amistad con el perro de los O'Reilly. Era un animal grande y retozón, mezcla de setter y perro cobrador, que se había colado en el jardín de los O'Reilly hacía cosa de un mes. Debía de proceder de alguna casa abandonada recientemente —eso suponía Henry—, y los perros de los O'Reilly habían acabado aceptándolo tras cierta hostilidad inicial. Henry decía que era un animal inútil y el padre de Lucy que un incordio, en particular cuando descendía torpemente por el acantilado para ofrecer su compañía a quien hubiera en la playa. Los O'Reilly no le habían puesto nombre alguno, y si el perro se hubiese marchado, seguramente ni se habrían dado cuenta: eso decía Henry. Cuando Lucy y su padre iban a la playa a tomar su baño matutino, éste lo ahuyentaba cuando lo veía brincar tras ellos sobre los guijarros. A Lucy le parecía que era muy duro con él, pero no se lo decía; como tampoco le decía que cuando se bañaba sola —algo que tenía prohibido— el perro sin nombre se paseaba gruñendo de emoción por la orilla, sin meterse en el agua, corriendo a veces con una de sus sandalias en la boca. Henry decía que era un perro demasiado viejo, pero en la playa, en compañía de Lucy, se volvía un cachorro y jugueteaba hasta tumbarse en el suelo exhausto, con la larga y rosácea lengua colgándole de las fauces. En cierta ocasión, Lucy no logró encontrar la sandalia con la que el perro había estado jugando, a pesar de que se pasó toda la mañana buscándola. Tuvo que rescatar un viejo par del fondo del armario y confiar en que nadie lo notara; y nadie, en efecto, lo notó.

Cuando los perros pastores fueron envenenados, Lucy sugirió que el perro sin nombre se quedara con ellos, pues en realidad nunca había llegado a ser del todo de los O'Reilly; sin embargo, la sugerencia no fue recibida precisamente con entusiasmo, y antes de que pasara una semana Henry había empezado a adiestrar a dos cachorros de perro pastor que un granjero de los alrededores de Kilauren le había vendido a precio de ganga. Aunque quería muchísimo a sus padres —a él por su trato habitualmente fácil, y a ella por su ternura y belleza—, Lucy estaba enfadada con ellos porque no compartían su afecto por el perro de los O'Reilly, y también lo estaba con Henry, por el mismo motivo. Todo eso tenía que haber dejado atrás aquel verano, y así habría sido de no haber ocurrido aquel incidente.

A Lucy no le dijeron nada. Como no llegó a despertarla, aquel único disparo de su padre se convirtió en sus sueños en el restallar de una rama que el viento había quebrado. En cuanto a los perros, Henry le dijo que seguramente habían entrado en tierras en las que habían echado veneno. Pero, a medida que transcurrían las semanas, el verano empezó a antojársele distinto, y escuchar a hurtadillas se convirtió en su fuente de información.

—Las cosas se calmarán —comentó su padre—. Se está hablando de una tregua...

—Los problemas continuarán, con tregua o sin ella. No te quepa duda. Es algo que se palpa. Aquí no estamos seguros, Everard.

Desde el pasillo, Lucy oyó a su madre sugerir que quizá deberían irse, que no les quedaba otra opción. No entendió qué pretendía decir con aquello ni qué era lo que debía calmarse. Se acercó más a la puerta entornada, pues el tono de las voces había bajado.

—Tenemos que pensar en ella, Everard.

—Ya lo sé.

En la cocina, Bridget dijo:

—Los Morell se han ido de Clashmore.

—Sí, ya me he enterado. —El pausado tono de Henry llegó a oídos de Lucy, que estaba escondida en el «pasadizo de los perros», como denominaban al corredor que comunicaba la cocina con la puerta trasera—. Ya lo creo que me he enterado.

—Ya son más de setenta los que se han ido.

Henry permaneció en silencio unos instantes y luego dijo que en tiempos como aquél la gente siempre temía lo peor, que el beneficio de la duda se inclinaba del lado equivocado en cualquier desgracia que acaeciera. Los Gouvernet se habían marchado de Aglish, dijo, los Prior de Ringville..., y los Swift, y los Boyce... Por todas partes se oía hablar de gente que se había ido.

Entonces Lucy lo entendió. Entendió lo de la «casa abandonada» de la que el perro sin nombre procedía. Imaginó muebles y pertenencias dejados en las casas, pues de eso también habían hablado. Y una vez que lo entendió, salió corriendo por el pasillo hasta el patio, sin importarle que oyeran sus pisadas y el sonoro portazo que dio al salir, sin importarle que al oírlo supieran que había estado escuchando. Corrió hacia el bosque y bajó hasta el arroyo, donde hacía pocos días había ayudado a su padre a colocar una hilera de piedras para cruzarlo. Iban a marcharse de Lahardane, de la cañada y de los bosques, de la orilla del mar, iban a dejar las rocas planas sobre las que se formaban pequeñas charcas llenas de quisquillas, la habitación en